

PRESENTACIÓN

PRESENTATION

Licda. Ana Lucía Blanco Villalobos*

En castellano, la palabra “revista” padece de una simpática polisemia: puede utilizarse tanto para designar publicaciones como *Cosmopolitan*, *Tú* o *Playboy*, cuanto para referir textos del calibre académico de *Nature*, *Mind*, *Synthese*, y, en el contexto jurídico, ejemplos como *Harvard Law Review*, *Doxa* o *Isonomía*. En inglés, en cambio, esta ambigüedad es disipada mediante el uso de la voz “magazine” para distinguir al primer conjunto, y “journal” para el segundo. *Hermenéutica*, con toda claridad, pertenece a este segundo grupo.

Pero entonces ¿dónde reside la diferencia —tan notoria, al menos intuitivamente—, entre un *journal* y una *magazine*? Para responder esta pregunta debemos adentrarnos un poco en un evento que marcó de manera irreversible el desarrollo del conocimiento humano: la revolución científica¹. Herbert Butterfield, quien es

* Costarricense, Licenciada en Derecho por la Universidad de Costa Rica. Actualmente profesora en la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica, y miembro de la Asociación Costarricense de Filosofía del Derecho y Filosofía Práctica.

¹ Existen profundas discrepancias en diversos niveles a propósito de la caracterización de la revolución científica. Hay diferencias historiográficas a propósito de los límites temporales, hay diferencias meta historiográficas acerca de si siquiera es posible brindar un contorno temporal específico. Hay diferencias conceptuales tanto a nivel de intensión (cuáles características se privilegian: el desarrollo de una nueva cosmología, el paso de la *scientia contemplativa* a la *scientia activa et operativa*, el reemplazo de patrones de pensamiento y explicación teleológicas a otros causales y mecánicos, la destrucción del cosmos y la geometrización del espacio, el

responsable de la popularización del término “revolución científica”², le imputa a este proceso histórico no solo el cambio en las operaciones mentales habituales del ser humano, sino la transformación del diagrama completo del universo físico y la textura misma de la vida humana³. Lo importante aquí es comprender que esta transformación no se dio *ex nihilo*, por el contrario, aconteció a la luz de condiciones coyunturales que posibilitaron su surgimiento y fortalecieron su consolidación: el descubrimiento del continente

cambio en la relación entre evidencia empírica y teorías, entre muchas otras), cuanto a nivel de extensión (qué textos o autores cuentan como parte del proceso: David Wootton, por ejemplo, muy en contra de otros famosos historiadores como Thomas Khun o Alexandre Koyré, plantea serias objeciones a propósito de que el famoso *De revolutionibus orbium coelestium* sea siquiera, en rigor, revolucionario). Véase David Wootton, *La invención de la ciencia: Una nueva historia de la Revolución Científica*, trad. Joandomènec Ros (Barcelona: Crítica, 2017), 39–45, 126–127, 170. Así mismo, hay discrepancias meta teóricas sobre la existencia misma de tal cosa como una revolución científica, ver, por ejemplo, Steven Shapin, *The Scientific Revolution* (Chicago: The University of Chicago Press, 1998), 1. Este es tan solo un brevísimo y poco preciso acercamiento a las diversas problematizaciones existentes, pero no interesa aquí ocuparse del asunto. Con todo, y más allá de las controversias existentes, lo único que requiero a estos efectos es aceptar que entre los siglos XVI y XVII ocurrieron transformaciones estructurales y profundas en las prácticas explicativas, predictivas y demostrativas que configuraron el conocimiento moderno. Sobre este punto concreto, incluso críticos como Shapin, convergen.

² A pesar de esto, quien proporcionó en primera instancia el aparato conceptual y teórico para comprender la transformación epistémica fue más bien el historiador de la ciencia francés Alexandre Koyré en *Études Galiléennes* (1939) y obras posteriores.

³ Herbert Butterfield, *The Origins of Modern Science 1300–1800* (New York: The Free Press, 1965), 7–8.

americano⁴, la invención de la imprenta y la emergencia de nuevas prácticas de evidencia y publicación⁵.

A efectos de este corto texto, voy a enfocarme sobre todo en la última de las condiciones. En efecto, la transformación o emergencia de nuevas prácticas colectivas de evidencia y publicación fue tanto condición de posibilidad (*kantiano sensu*) cuanto aporte decisivo de la revolución científica. Esto se vio reflejado ante todo en dos fenómenos institucionales: el surgimiento de comunidades científicas articuladas (la *Accademia dei Lincei* en 1603, la *Royal Society of London for Improving Natural Knowledge* en 1660 y la *Académie Royale des Sciences* en 1666 son solo algunos de los ejemplos a este respecto) y, desde luego, el nacimiento de los primeros *journals* científicos, como las *Philosophical Transactions* (Londres, 1665) y *Journal des Sçavans* (París, 1665).

Ahora bien, una de las características distintivas de la racionalidad científica moderna fue el rechazo a los mecanismos de validación del saber de corte autoritativo —centrados en la apelación a autores consagrados como demostración de verdad— y en su lugar, el paulatino desplazamiento hacia criterios basados en observación empírica, reproducción experimental y escrutinio público del conocimiento⁶. El lema de la *Royal Society*, *Nullius in verba* —literalmente “en palabras de nadie” o “en autoridad de nadie”— evidencia con particular fuerza este *ethos*: la autoridad no alcanza, se requiere evidencia.

⁴ Wootton lo analiza ante todo como refutación palmaria y evidente a la geografía ptolemaica: David Wootton, *La invención de la ciencia*, 65.

⁵ David Wootton, *La invención de la ciencia*, trad. Joandomènec Ros (Barcelona: Crítica, 2017).

⁶ Esto implicó una ruptura con las formas de legitimación típicas de la tradición escolástica.

En sus orígenes, esto marcó una predilección por los experimentos repetibles y públicamente conducidos como manera de validación epistémica⁷: el clásico ejemplo de toda una comitiva científica, encabezada por Florin Périer, que asendió hasta el *Puy de Dôme*⁸ para realizar mediciones con un barómetro ilustra esto.

Empero, esta forma de proceder trajo consigo lo que Fyfe, Moxham, McDougall-Waters y Røstvik denominaron “jerarquización epistémica”⁹: se privilegiaba el conocimiento obtenido mediante observación directa de los integrantes de la comunidad científica en detrimento de lo reportado por escrito. Este sesgo, desde luego, implicaba una dosis de desconfianza hacia los medios escritos de difusión del saber y, por lo tanto, ponía en tensión el funcionamiento y la expansión institucional de las comunidades académicas¹⁰. ¿Cómo

⁷ Con esto lo que deseo referir es a un conjunto de mecanismos intersubjetivamente aceptados para justificar racionalmente el tener por verdadera una afirmación o conjunto de ellas a lo interno de una comunidad científica o académica.

⁸ Sobre esto y en general, el rol de los experimentos en la ciencia moderna, ver en especial el capítulo 8 del texto ya citado de Wootton.

⁹ Fyfe, Aileen, Noah Moxham, Julie McDougall-Waters, and Camilla Mørk Røstvik. *A History of Scientific Journals: Publishing at the Royal Society, 1665–2015*. (London: UCL Press, 2022).

¹⁰ Debe notarse que el exigir la presencia física de la persona científica en el sitio del experimento como medio privilegiado de validación; especialmente en el marco de las limitaciones de acceso de la época, implicaba complicaciones logísticas que eran usualmente resolubles solo para aquellos con el capital económico suficiente para lograrlo. Esto supone un mecanismo no solo elitista sino además poco compatible con la difusión del conocimiento y por lo tanto, con el crecimiento de la comunidad científica.

fue resuelta esta tensión? Mediante la consolidación de las revistas científicas.

Hace algunos párrafos, me pregunté en dónde residía exactamente la diferencia entre un *journal* y una *magazine*, y la respuesta está aquí: un *journal* es una publicación periódica, con fecha y autoría bien determinada, apegada a protocolos institucionales que son pública e intersubjetivamente comprendidos como garantes de la buena fe y el rigor metodológico de los contenidos, los cuales incluyen, pero no se limitan a un sistema estricto de citación y de revisión de pares expertos. En palabras de Fyfe *et al.* fueron precisamente estos protocolos estrictos de control intersubjetivo y racional respecto del contenido de los *journals* lo que contribuyó a superar la jerarquía epistémica originalmente asumida¹¹, reemplazando criterios de racionalidad que descansaban sobre la presencia física del investigador por criterios que apuntaban, más bien, hacia la replicabilidad independiente, solidez metodológica y articulación pública de argumentos. Esto, en su conjunto, fortaleció la confianza de las comunidades académicas en los contenidos en ellos publicados.

A la luz de todo lo anterior, hay un punto más profundo —y, en mi opinión, emocionalmente más convocante— en esta transición histórica. El *journal* no es solamente el resultado de la revolución científica: representa una transformación completa de la concepción misma de saber. El saber como secreto, cifrado, celosamente guardado y solo revelado de maestro a discípulo es sustituido por el saber como bien público, generado de forma colectiva y permanentemente abierto a la crítica, a la evaluación y a la mejora. Su

¹¹ Fyfe et al. 45.

institucionalización no es más que el soporte material de la idea ilustrada de la República de las letras.

Esta humilde genealogía ha llegado a su fin. Dado mi particular interés por la historia y la filosofía de la ciencia, y como ex profesora de una mayoría de las y los integrantes del equipo editorial de *Hermenéutica*, es imposible para mí no sentirme conmovida y admirada por este grupo de estudiantes que reactivaron la revista. De aquellas personas estudiantes de primer año, que titubeaban con nerviosismo al exponer sus avances de investigación, queda muy poco. Hoy, dirigen con sensatez y rigor el *journal* estudiantil de la Facultad de Derecho de la Universidad de Costa Rica, e instancian algo que K. R. Popper vio con especial lucidez: el conocimiento florece en comunidad¹². “Yo puedo estar equivocado y tú puedes tener razón y, con un esfuerzo, podemos acercarnos los dos a la verdad”.¹³

Bibliografía

Butterfield, Herbert. *The Origins of Modern Science 1300-1800*. New York: The Free Press, 1965.

Fyfe, Aileen, Noah Moxham, Julie McDougall-Waters, y Camila Mørk Røstvik. *A History of Scientific Journals*. London: UCL Press, 2022.

Popper, Karl R. *La sociedad abierta y sus enemigos*. 2 vols. Barcelona: Paidós, 2006.

Shapin, Steven. *The Scientific Revolution*. Chicago: The University of Chicago Press, 1998.

¹² El mérito de esto descansa, a todas luces, en el esfuerzo y talento de ellas y ellos.

¹³ Karl R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*. (Barcelona: Paidós, 2006), 438.

*Wootton, David. La invención de la ciencia. Traducido
por Joandomènec Ros. Barcelona: Crítica, 2017.
www.lectulandia.com.*

